

# La Tradición Popular

Centro de Estudios Folklóricos  
Universidad de San Carlos de Guatemala



# Peces y magia en los cuentos populares de Guatemala

Celso A. Lara Figueroa

## INTRODUCCION

El presente artículo presenta cinco cuentos eminentemente maravillosos, en los cuales sobresale la figura del pez mágico como motivo inicial, es decir, se trata de un pez de origen sobrenatural que tiene la facultad de hablar, de conceder deseos y determinar el destino de los personajes humanos que aparecen en el relato.

Los primeros tres cuentos: "Historia de un pescador", recolectado en Escuintla, "La cangrejera", recolectado en El Progreso, y "El cuento de la mujer embarazada", recolectado en Chiquimula, corresponden exactamente al relato más conocido en el mundo occidental como "Los dos hermanos", o bien, como "El dragón asesino".

Ambos cuentos fueron amplia y acuciosamente estudiados por Kurt Ranke hacia los años treinta, específicamente en su obra *Die Zwei Brüder* (los dos hermanos), en donde analiza más de mil versiones del mismo. A través de un cuidadoso estudio comparativo, Ranke logra reconstruir el arquetipo de este cuento de la manera siguiente:

*Un pescador que no tuvo hijos pescó al rey de los peces, que rogó lo dejara ir. A cambio de su libertad le prometió al pescador otro pez o enseñarle el sitio donde podían pescarse. Cuando el pescador lo atrapa por segunda vez, el pez lo persuade de nuevo a dejarlo nadar libremente. Cuando esto sucede la tercera vez, el pez le aconseja al pescador que lo corte en un cierto número de trozos y le dé un pedazo a su esposa, otro a su yegua y otro a su perro, y que entierre el resto en el jardín debajo de un árbol. La esposa tuvo dos hijos, y al mismo tiempo la yegua y*

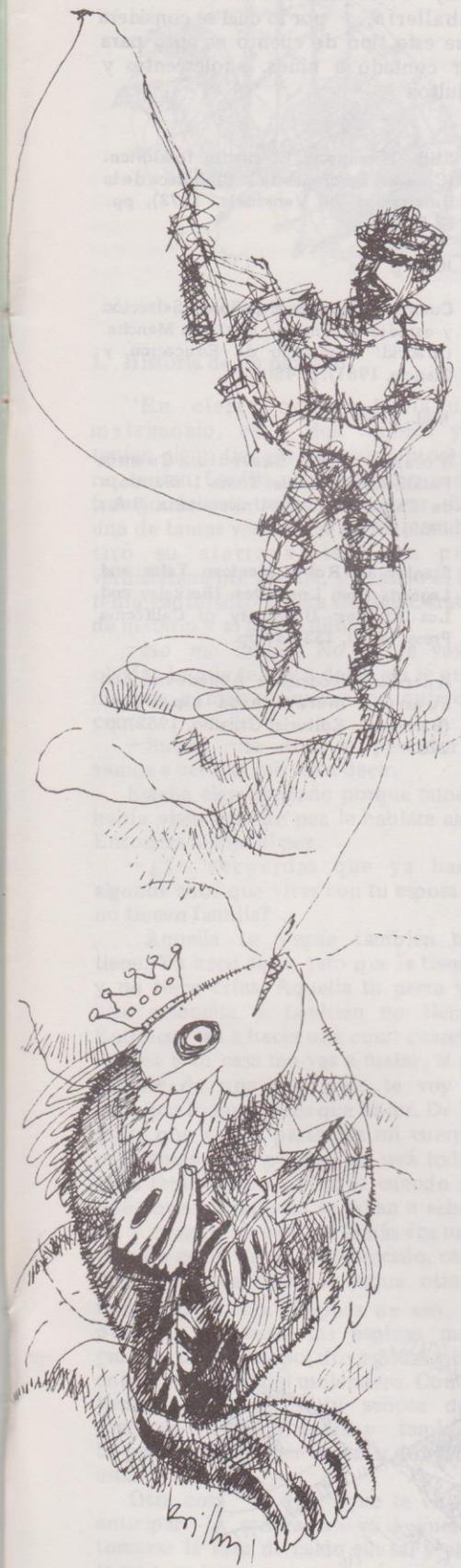
*la perra dieron a luz dos hijitos cada uno, y en el jardín crecieron dos espadas y dos árboles. Los niños gemelos eran casi idénticos, al igual que los animales.*

*Cuando crecieron, el primero quiso recorrer el mundo. Si cualquier desgracia le aconteciera, su árbol particular se marchitaría y el hermano iría a rescatarlo.*

*Se puso en marcha con su espada, su caballo y su perro, y después de un tiempo llegó a la ciudad real.*

*En la ciudad real el protagonista se desposa con la princesa. Después de esto el relato sigue así:*

*En la noche de bodas la curiosidad del joven rey es excitada por una extraordinaria visión: fuego en los bosques o en una montaña. Le pregunta a su esposa sobre el origen del fuego, y ella le dice que nadie que ha ido hacia él ha regresado jamás. Le advierte que no vaya tras la causa del misterio. Ensilla el caballo y galopa con su perro y su espada hacia la luz del fuego. Lleg a una casa donde vive una vieja que es bruja. Aparenta tenerle miedo al perro y le propone colocar uno de sus pelos sobre el perro para que se esté quieto y no le haga daño. El joven lo hace. El pelo se transforma en una cadena. Entonces ella se acerca, le pega con una vara y lo convierte en piedra. En la casa, el árbol se marchita, y el segundo hermano deduce que el primero está en peligro o posiblemente muerto. Ensilla su caballo, coge su perro y su espada y se marcha. Después de un largo vagar, llega a la ciudad en la que su hermano es rey. El posadero con quien se topa primero y la joven reina a quien ve luego, lo confunden con su esposo, puesto que es exacto a su hermano. Se da cuenta de que el pueblo lo está confundiendo y deja que lo crean,*



para poder averiguar algo acerca de la suerte de él.

En la noche, cuando duerme con su cuñada, coloca la desnuda espada entre él y ella.

También él ve la extraña luz y pregunta sobre su origen. La reina queda perpleja ante la pregunta, puesto que recuerda haberla respondido y haberlo advertido por dos veces. También se va porque sabe dónde ha tenido su hermano su desgracia y llega a la cabaña y encuentra la vieja. El no obedece su orden de colocar el pelo sobre el perro, sino que azuza al perro y amenaza con matarla. Ella le entrega la vara con la que ha encantado al primer hermano, y él golpea la piedra y lo desencanta. La vieja muere y ambos hermanos regresan a la ciudad.<sup>1</sup>

Stith Thompson supone que este cuento tiene sus orígenes en Europa Occidental, particularmente en el norte de Francia, de donde se ha difundido a otras regiones y países: Alemania, Italia, España y Dinamarca especialmente. De ahí que, probablemente, el relato pasó a América en boca de viajeros y colonos.<sup>2</sup>

En España, este cuento se dio a conocer en forma escrita por Fernán Caballero. Más tarde, Espinoza vuelve a recogerlo en el campo y lo presenta bajo el título de "El Castillo de Irás y no Volverás".<sup>3</sup>

Antonio Martínez M. estima que "indudablemente el cuento de Los dos hermanos está íntimamente relacionado con el mito clásico de Andrómeda y Perseo, cuya versión más conocida es la que nos ofrece Ovidio en Metamorfosis. El mito tuvo una gran influencia en la Edad Media europea, cristalizándose en leyenda como la de Sigfrido o San Jorge y el Dragón".<sup>4</sup>

Este cuento de "Los dos hermanos" parece ser bastante conocido en Latinoamérica. En sus Cuentos Folkloricos de Chile, Yolando Pino Saavedra nos presenta cuatro versiones: "El pescador", "Los hijos de la corvina", "El Caballero de la Estrella y el Caballero Misterioso" y "El pescado dorado".<sup>5</sup> Stanley L. Robe recolectó en Tepatitlán, México, un cuento titulado "Los dos hermanos", que en todo es casi idéntico al arquetipo anteriormente descrito; sin embargo, aquí falta el interesante motivo del pez mágico.<sup>6</sup>

2

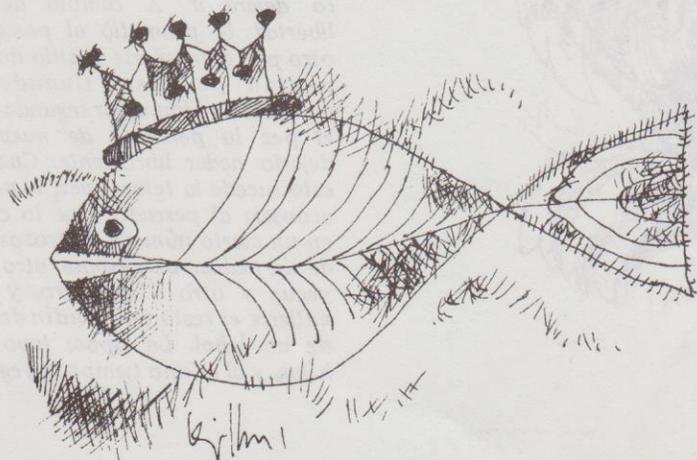
El cuarto cuento que se presenta, denominado "El pez blanco", constituye una moderna readaptación de los motivos tradicionales llevada a cabo por el informante, quien concluye el relato al estilo de una leyenda y además le da un carácter bastante trágico; no obstante, el motivo del pez sobrenatural persiste.

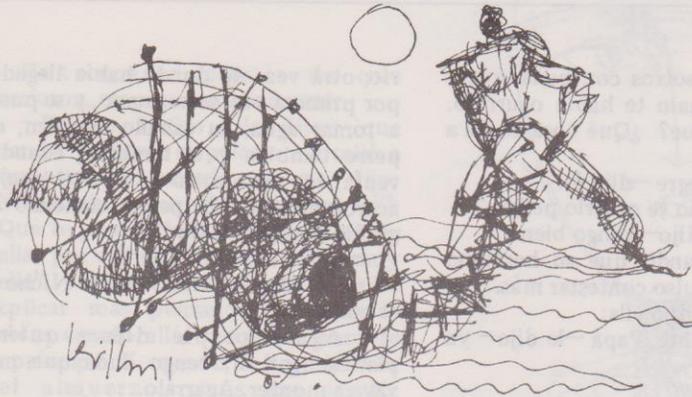
El quinto y último relato, "Antonio de la mar azul", conserva el motivo inicial del pez mágico; sin embargo, su desenlace adopta otra de las tantas formas de los cuentos maravillosos, la cual en este caso corresponde al motivo del caballo mágico, otro de los animales con mucha importancia en cuanto al conjunto de los ayudantes sobrenaturales, y que, por otro lado, es de profundo arraigo europeo.

En el corpus de cuentos que en seguida se presentan, no fue posible incluir otro de los tipos maravillosos que tienen como personaje básico al pez: se trata del relato conocido popularmente como "Alicia, la mujer del pescador", el cual es más conocido que el de "Los dos hermanos", probablemente porque fue ampliamente difundido por medio de la colección de cuentos de los hermanos Grimm. A pesar de no incluir aquí un ejemplo de dicho cuento, se considera oportuno mencionarlo y describirlo: se trata de un pez mágico que concede toda clase de deseos y caprichos a la esposa de un humilde pescador. Sin embargo, cuando la ambiciosa mujer anhela transformarse en reina del sol y de la luna, el pez se enfurece y hace desaparecer todos los beneficios y riquezas anteriormente donados a la pareja. La amonestación, en este caso, es manifiestamente clara: se sanciona con dureza la ambición desmedida. En cambio, en los otros cuentos aludidos arriba, el pez pasa a ser un donante sobrenatural que beneficia de por vida a los protagonistas y guarda semejanza

muy estrecha, con la novela de caballería,<sup>7</sup> por lo cual se considera que este tipo de cuento es apto para ser contado a niños, adolescentes y adultos.

- 1 Stith Thompson. **El cuento folklórico**. (Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad de Venezuela, 1972), pp. 52-53.
- 2 *Ibid.*, p. 59.
- 3 **Cuentos Populares Españoles**; Selección y estudio de Antonio Martínez Menche. (Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia, 1981), p. 45.
- 4 *Ibid.*, p. 46.
- 5 Yolando Pino Saavedra. **Cuentos Folkloricos de Chile**; Tomo I. (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, S.A., 1960), 67-86 pp.
- 6 Stanley L. Robe. **Mexican Tales and Legends from Los Altos**. (Berkeley and Los Angeles: University of California Press, 1970), 133-137 pp.
- 7 Antonio Rodríguez Almodóvar. **Los cuentos maravillosos españoles**. (Barcelona: Editorial Grijalbo, 1982), p. 226.





## 1. Historia de un pescador

“En cierta ocasión había un matrimonio, estos dos señores ya tenían algún tiempo (de vivir juntos) y no tenían familia. Su profesión o su trabajo de este señor era pescar. En una de tantas veces de ir al río, cuando tiró su atarraya, lazó un pez verdaderamente grande, y cuando él lo tenía capturado, afuera del agua, trató de matarlo y el pez le dijo:

—No me mates. No se te vaya olvidar lo que te voy a decir, yo sé que me vas a matar porque me quieren comer.

—Bueno —le dijo el pescador— vamos a ver qué me vas a decir.

Estaba algo asustado porque nunca había visto que un pez le hablara así. Entonces le dijo el pez:

—¿Te recuerdas que ya hace algunos años que vives con tu esposa y no tienen familia?

Aquella tu yegua también no tiene. Ya hace algún rato que la tienes y no tiene crías. Aquella tu perra ya está sasoncita y también no tiene. Entonces vas a hacer una cosa: cuando llegues a tu casa me vas a matar, si es posible de una vez, pero te voy a anticipar lo que tienes que hacer. De lo poco que van a partir de mi cuerpo para comérselo, porque no será todo, pues tené mucho cuidado: cuando se esté cociendo que no le vayan a echar sal y cuando ya esté, te tomás vos una taza de caldo de mí, del pescado, otra taza tu señora, otra a la yegua, otra a tu perra. Bueno, después de eso, al pescado le sacas las espinas más grandes de mi cuerpo, dos espinas y las entierras debajo del molendero. Con el tiempo va a tener tu señora dos gemelos, igual la yegua y también tu perra, van a tener las tres, dos cada una.

Otra cosa —le dijo— que te voy a anticipar: tu señora no va a querer tomarse la taza de caldo sin sal y ella te va a reclamar que por qué, y vos le decís que es para que no se acabe la suerte de seguir pescando peces.

Entonces cuando ya los niños sean hombres, dentro de quince a veinte años, por allí, le entregás su caballo y le entregás su perro a cada uno porque van a ser dos de cada animal, y entonces vas a hallar debajo del molendero, y sacas las espinas que te estoy ordenando que entierres allí, entonces van a ser unas hermosas espadas. Le entregás un caballo a cada uno de tus niños y un perro, y una espada. Bueno, allá con el tiempo los muchachos que ya serán hombres, dentro de quince y veinte años van a disponer agarrar a pasear por el mundo para probar su suerte.

Y total que así fue. Cuando de repente la señora apareció con dos niños, la yegua también apareció con sus dos crías y la perra también.

Bueno, nacieron los dos niños y cuando llegaron a esa edad dijo el papá a los dos niños:

—Aquí les entrego este caballo a cada uno y les entrego también su perro y esta espada a cada uno, que para algo les ha de servir más tarde.

—Muy bien papá —dijeron los niños.

Cuando tenían como la edad de quince años dispusieron irse a andar, llevándose sus animales. ¡Ah! antes de eso, cuando los niños nacieron, que fue el día de San Dionisio, le pusieron a los dos “Dionisio”. Total que ya después les llamaban “Los Nichos”. Estos dos niños se llamaban Dionisios.

Bueno, pues allá iban en un camino, muy lejos. Dejaron a los papáes, andando ya el mundo, encontraron dos caminos que se esparcían, entonces allá hablaron que iban a probar suerte y cada uno agarró su camino, su perro, su caballo y se separaron. Agarró uno por la derecha y el otro por la izquierda y así se fueron andando algún tiempo. El de la izquierda se fue, pasando aldeas y pueblos y por último llegó a una gran ciudad donde había un rey y el rey cuando lo vido le dijo:

—Bueno muchacho y de dónde vienes.

—Yo vengo de tierras muy lejos.

—¿Y qué andas haciendo?

—Paseando el mundo, probando mi suerte.

Y cuando la príncipa del rey lo vido, se enamoró de él y total que le dijo la príncipa al rey:

—Papá, yo ya quisiera casarme porque ya va siendo tiempo.

—¿Y cómo vamos a hacer para escoger a tu esposo?

—Mire —le dijo— mande a avisar a todo el territorio de su reino y mandas a formar grandes vallas, allí voy yo a escoger mi esposo.

—Muy bien —le dijo el rey— con mucho gusto.

Y mandó avisar pues, a todos los pueblos y aldeas para que concurrieran los hombres sin exceso; allá entraba de todo tamaño y edad.

Ya estaban las vallas también. En esa ocasión estaba Nicho, se fue a formar también, uno de los dos Nichos.

Entonces ella, la príncipa, ya había elegido a Nicho, sin hablarle, sólo lo había pensado. Cuando ya estaban las formaciones le dijo el rey:

—Bueno pues m'hija, allí está la formación; yo creo que ya es tiempo de que vayas a escoger allí a tu esposo y cuando lo encuentres me lo traes aquí para dármelo a reconocer.

—Muy bien papá —le dijo ella— compermiso.

Y agarró a recorrer todas aquellas formaciones que habían, cuando derepente halló a Nicho allí en la formación porque como era sin excepción a Nicho agarró de la mano y le dijo:

—Véngate tú conmigo.

Y se lo llevó y se lo presentó al rey y le dijo:

—Este es el que yo he elegido para mi esposo, papá.

—Todo se cumplirá mi hija, ha de ser lo que a vos te guste y no lo que a mí me guste.

Vino y se casó, lo casó el rey con su hija. Pero allá a los días de estar casado allí Nicho con la príncipa de vuestro rey, en las noches salían allá a lo alto, le llaman popa del palacio, y desde allí se divisaba, allá en lo oscuro de la noche, una luminaria muy lejos, como a las orillas de una montaña, como al pie de unas rocas. Y entonces Nicho le dijo a la príncipa:

—¿Qué cosa será esa?

—Ve Nicho —le dijo ella— ya qué tiempos que eso se ve y no hay quién diga “yo conozco” porque algunos dicen que puede ser algún encanto y será muy peligroso.

—Vamos a ver —le dijo él— yo

tengo que desengañarme a ver qué cosa es esa.

—No vayas —le dijo— porque te puede ocurrir peligro, yo no quiero que vayas.

—Déjame a mí, yo voy a ir a ver qué cosa es esa mañana.

Y le dio parte al rey ella, la **príncipa**, y entonces le dijo el rey:

—No se sabe qué cosa será —le dijo— pero si él tiene duda déjalo, ojalá que no le vaya a ocurrir peligro.

Y él, Nicho, no pidió compañía de ninguno, sino que sólo él llevando su perro y su caballo se fue, en cuanto pasó el desayuno, en la mañana.

Se fue en esa dirección, donde había visto esa luminaria que se miraba en la montaña, en la noche. Pero allá, antes de acercarse al lugar donde se calculaba que estaba esa luminaria que se veía en la noche tenía que pasar un río, al llegar a la orilla del río el caballo se puso a tomar agua, el perro también y el joven también; pero en esos momentos venía río abajo una vieja, se le miraba la cabeza como aquel gran panal, enredado el pelo y cuando se le acercó, el perro estaba gruñendo, como que quería agarrarla y le dijo la vieja:

—Mirá Nicho, agarrá tu perro.

—No tenga pena —le dijo Nicho— el perro es educado y no le hace mal.

—No —le dijo— agarrálo para que yo llegue allí a platicar contigo.

—Está bueno, dijo Nicho.

Y le obedeció. Agarró el perro de un collar que tenía en el cuello y cuando la vieja se le acercó dijo:

—No se me vayan a mover.

Haló un pelo de la cabeza y amarró al perro y con otro pelo amarró a Nicho del cuello y con otro al caballo, y se volvieron unas grandes cadenas.

—Vaya —les dijo— ahora yo los mando aquí. Venganse —les dijo—.

Y se los llevó encadenados y fueron a dar al pie de una gran roca, había una gran cueva, allí los fue a amarrar en unas grandes astas y allí se quedaron.

El otro Nicho andaba ya muy lejos, no se encontró con ningún problema ni bien ni mal, ni bien ni mal, pero se acordó de lo que habían acordado con su hermano, que al regresar cualquiera, siguiera el camino que había agarrado el otro y buscarlo por si no le había ocurrido peligro. Eso pensó el Nicho que se fue por el segundo Nicho.

Y así se fue y se fue hasta que llegó a la ciudad a donde había llegado el primer Nicho y fue a pedir posada al **palacio del rey**, pero cuando la **príncipa del rey** lo vido venir, salió muy emocionada, llorando de alegría y le dijo:

—Nicho, nosotros con pena, que a saber si algo malo te había ocurrido. ¿Y qué tal te fue? ¿Qué cosa es esa a donde fuiste?

—Es muy alegre —dijo él.

—¿Bueno, y no te ocurrió peligro?

—Nada —le dijo— vengo bien.

Nicho pensando que su hermano allí estaba no quiso contestar más.

Entonces le dijo ella:

—Pasá adelante. Papá —le dijo— ya vino Nicho.

—¿Y qué dice?

—Que le fue bien.

—Vaya —le dijo— muy bien.

Entonces ella le sirvió de comer en la mesa real, comió con su papá y con Nicho, los tres. Pero en la noche, después de la cena le dijo ella:

—¿Ya tenés sueño, Nicho?

—Ya —le dijo él.

—Voy a ir a arreglar la cama.

Y se fue ella a arreglar la cama y le dijo:

—Nicho, ya está arreglada la cama, si querés ir a descansar.

—Cómo no —le dijo él.

Y se fue primero él a acostar a la cama; como a la hora llega la niña y le dice:

—¿Ya te dormistes?

—No —le dijo él.

—Encogéte —le dijo ella— voy a pasar aquí por los pies porque yo siempre me quedo en el rincón.

—Muy bien —le dijo Nicho.

Al acostarse la niña, ella se le venía acercando, pero como él tenía cerca su espada, y pensando que era su cuñada, la mujer de su hermano, desenvainó la espada y la puso de punta para el lado de donde ella se le estaba acercando y cuando ella sintió el piquete de la punta de la espada no procuró acercarse más pensando que qué sería, extrañó mucho que no la dejaba que se acercara siendo su esposa.

Entonces así amanecieron. Al amanecer le dijo él:

—Mire niña, yo soy el hermano de Nicho, el que vino aquí de seguro me demuestra que es su esposa.

—Sí —le dijo la niña— ¿y no eres tú?

—No —le dijo— yo soy Nicho, también somos hermanos, somos gemelos.

—Vaya.

—¿Y qué se hizo mi hermano?

—En las noches se ve, todo el tiempo, una luminaria en aquella montaña y él cuando la vido, se emocionó de ir a conocer y para allá se fue.

—Pues entonces me voy en busca de mi hermano y volveré con noticia de ver si lo encuentro o no.

Y se fue Nicho. Al llegar Nicho al

río otra vez, de donde había llegado por primera vez su hermano, y se puso a tomar agua, su caballo también, el perro también y él también, cuando venía la vieja otra vez, río abajo acercándoseles. El perro comenzó a gruñir y la vieja le dijo:

—Nicho amarrá tu perro.

—No tengás pena —le dijo Nicho— es educado.

—Agarrálo —le dijo— quiero platicar con ti, tengo duda que me vaya a morder. Agarrálo.

Y así lo hizo Nicho, pero cuando ella se acercó y se haló el primer pelo, él soltó el perro y le dijo:

—¡Júle!

Y la agarró, la capturó y le dijo:

—Ajajai, —le dijo— qué capaz, vos eres la que tenés a mi hermano preso y si no me lo entregás, hoy te morís.

—Ay Nicho —le dijo ella— si por allí está Nicho, tu hermano.

—Entregámelo pues, vieja tal y cual porque hoy te vas a morir.

—¡Agarrála! —le dijo al perro.

Allí la llevaba el perro jaloneándola y él también con ella agarrado y con la espada pegándole algunos piquetes. Al poco andar llegaron a pie, a la cueva donde ella había dejado atado a su hermano Nicho, allí estaba amarrado con unas cadenas; entonces le dio a él mucha lástima porque estaba en una situación que daba lástima su hermano, bien flaquito y también el caballo y el perro sin comer tanto tiempo.

Entonces allí estaba el perro todo enclenque pero cuando Nicho llegó allí le dijo a su hermano:

—¿Qué te pasa?

—Esa señora que traes —le dijo— me encadenó a mí y a mis animales y me dejó aquí atado.

—Ahora me los desata —le dijo entonces el segundo Nicho a la vieja.

Y la vieja los desató, recogió sus pelos y la botaron los perros y la hicieron pedazos. Allí murió la vieja, era una vieja bruja la que los había trazado.

Entonces de allí se llevó a su hermano Nicho de regreso, los animales pasaron el río, al pasar el río se pusieron a juntar leña y juntaron fuego en la playa del río y uno le dijo al otro:

—Hermano, ¿tienes hambre?

—Cómo no —le dijo— tengo tiempo sin comer.

Le dieron de comer a los perros, pusieron a comer a los caballos porque había donde, y ellos juntaron fuego, como el segundo Nicho llevaba que comer, se pusieron a almorzar así que arreglaron lo que se iban a comer.

Entonces, después de que comieron, empezaron a conversar.

—Fijáte Nicho —le dijo— que cuando yo llegué al palacio me salió a encontrar la príncipa y me dijo: “Nicho, ahora venís” y le dije yo “sí”, “Qué te paso”, “nada”, “¿Qué fuistes hallar por allí”, “Pues una cosa muy bella”, y hasta allí me quedé, no quise explicar más pensando que vos te habías casado allí, que eras esposo de la príncipa. Y cuando se llegó la hora del almuerzo, pues me sirvió, almorzamos con el rey y ella, y así fue la cena también, y cuando se llegó la hora de dormir y me fui yo a acostar y también la príncipa se fue a acostar con mí.

Entonces Nicho, el viejo, el primero, desenvaina la espada y dijo: —Este se durmió con mi esposa.

Y le pegó un solo machetazo y le voló la cabeza y cayó la cabeza, se la voló de un solo machetazo con la espada y se fue la cabeza del hermano Nicho rodando y llegó hasta la orilla del agua, allí se quedó.

Entonces Nicho, después de haberle quitado la cabeza a su hermano, se puso a llorar pensando que no le dio tiempo a ver qué más explicaba y se dijo:

—Saber qué me iría a decir mi hermano y yo lo maté, fue muy triste para mí.

Pero allí se estuvo llorando y pensando, al rato de estar él llorando y lamentando el caso, venía una lagartija y esta lagartija traía en la boca una rosita de color morado y dijo él:

—¿Qué anda haciendo este animal?

Y le pegó un machetazo y partió en dos a la lagartija. La lagartija se quedó corcobeando allí, los pedacitos y la rosa se quedó tirada, pero más al rato, venía otra lagartija y esta otra lagartija haló un pedazo, el pedazo de la otra lagartija muerta y juntó los dos pedazos y fue a traer la rosita de color morado y se la pasó varias veces en el corte y la lagartija muerta revivió, resucitó y se fueron huyendo de allí las dos lagartijas y entonces Nicho dijo:

—Vé qué caso tan admirable esto. Voy a probar con mi hermano, quién quita que reviviera mi hermanito.

Y colocó bien el cuerpo del hermano a lo largo y fue a traer la cabeza y la midió bien al cuerpo y fue a traer la rosa y se la pasó varias veces, hasta lo santiguó con ella. Cuando de repente Nicho pegó un suspiro y resucitó metiendo la mano izquierda, enderezándose, bañado en sudor, le dijo:

—Y como te estaba contando hermano... se acostó la príncipa



conmigo en la cama pero pensando que podía ser la mujer de mi hermano, que era mi cuñada, la respeté, desenvainé mi espada y la puse de punta para que no se me acercara y ella no dijo nada y así amanecemos.

Entonces se levantaron los dos de allí, ya que le contó él el caso y se fueron para donde el rey y se presentaron y dijo la príncipa:

—Allá vienen los Nichos. Ay esposo mío —le dijo— ¿qué tal te fue?

—Pues algo mal —le dijo— porque me atrasó una mujer vieja y me dejó preso, una bruja me llevó al pie de una peña, había una gran cueva, allí me dejó atado a mí y a mis dos animales. Allí llegó mi hermanito ahora a traerme y ya hemos vuelto.

—Ajá —dijo el rey— quiere decir que ustedes son hermanitos.

—Sí —le dijeron ellos.

—Vaya, allí tengo otra hija —le dijo— para el otro Nicho.

Así que ahora al casamiento.

—Y allí se casaron los dos Nichos. Allí terminó.” (Inf. 1)



## 2. La cangrejera

“Este era un hombre pobre, casado, él era muy pobre. Solamente estaba con su señora, nunca tuvieron familia y a él le gustaba mucho ir a pescar. Un día domingo le dice:

—Mirá hija —le dice— ponéte la olla, ya voy a venir con el pescado.

Pero la mujer era algo caprichudita, no hizo nada, se fue a acostar. El agarró dos mojarritas nada más, una pequeña y otra grandecita. Entonces le dice la mojarra grande:

—Mirá, ya no te fregués porque ya no agarrás nada. Andáte porque tu señora no ha puesto la olla y nos va a echar a las brasas, pero estás listo y nos sacás.

Pues el marido se fue y le dice:

—¿Ya pusistes la olla?

—No, ¿a dónde está el pescado que traés?

—Aquí está.

—¿Para qué me voy a ocupar en poner olla para eso?

¡Ras! las agarró y las metió a las brasas. Entonces viene él y las sacó, las llevó al río y las tiró al agua, y se puso a atarrayar otra vez, las mismas dos mojarras volvió a agarrar.

—Ya no sigás porque es de más. Andáte y ponés la olla vos y vas a ver cuánto te va a abundar esto. También ella va quererme comer a mí —le dice la mojarra grande— pero cuidado cómo le vas a dar algo, a mí me comés vos y dáale a ella de los otros.

Fue y puso la olla el marido e hizo el pescado, se tumbó la olla. Ella le dice:

—No almorcemos.

—Vení, mirá cuánto se hizo, pero por desobediente yo no te debía dar nada.

Y llegó ella allí y dice a almorzar.

—Ay hijo, dame esa grande.

—No. Comé de esa porque esta es mía.

Entonces la mojarra le había ordenado al hombre que todos los huesitos los fuera sacando y guardándolos bajo el pie y que así que

terminaran de almorzar los echara a un cuarto y le metiera llave al cuarto para no abrirlo nunca. Entonces así lo hizo; se comió la mojarra grande y todos los huesitos los guardó. La mujer allí algo enojada, comió bien de la otra pero de esa, de la grande, no le dio nada.

Pues entonces siguieron trabajando; ella día a día con el esposo iba a la milpa a trabajar y allá venía él con su mecapalito de maíz y la mujer con el canasto en la cabeza. A todo esto fue saliendo la mujer encinta; tenía su perrita y ésta también salió encinta, una yegua también, total de que las tres. Aquello que nunca habían parido, pues. Al poco tiempo tuvo dos varoncitos la mujer y puramente igualitos; la perrita tuvo dos perritos, la yegua tuvo dos potros. A todo esto aquellos animalitos creciendo y los niños también, los dejaban cuidando la casa, los padres se iban a trabajar siempre.

El oficio de los patojos era, día a día, irlos a encontrar cuando ellos, los padres, venían. Pues al fin un día le dice uno al otro:

—Mirá vos, este mi papá, ya tiempos que estamos nosotros, y ese cuarto no lo abre, ¿qué será? ¿Por qué no lo abrimos nosotros?

—De veras, ¿cómo hacemos?

Se pusieron con una barreta, le zafaron el candado y van mirando adentro aquellas pilas de oro, plata, maíz, frijol y así en las paredes estaban dos sillas de bestia, dos espaditas y uniformes para ellos.

—Mirá, ¡qué linduras las que hay aquí! y papá quitándose la vida.

Y vinieron a arreglar la puerta otra vez como estaba y ya en la tarde lo salieron a encontrar.

—Papá —le dijo— usted quitándose la vida teniendo de qué vivir.

—¿Pero a dónde mis hijos, cuando soy pobre?

—No papá, allí en el cuarto hay riquezas.

—¿Abrieron?

—Sí.

—Ah...

Llegaron y fue a ver el señor, allí estaba aquella cantidad de oro, plata, frijol, maíz y todo lo necesario.

—Vaya —les dijo.

—Papá —le dice uno— nosotros quisieramos poner las sillas a los caballitos.

—Están muy chiquitos.

Pues les concedió. Entonces otro día ensillaron los caballitos y se montaron en ellos. Y ellos uniformados y con su espadita fueron a pasear.

Pues como a los ocho días:

—Papá, vamos a ir a ver qué hallamos por allí.

Pues les concedió y se fueron, cada quien con su caballito, cada uno con su perrito. Total que iban ellos bien parecidos, los perros iguales, los caballos también. Pues por allí habían dos caminos:

—Hermano, ¿y aquí por dónde te vas a ir vos?

—Yo me voy aquí en la izquierda.

—Y yo me voy a la derecha.

—¿Y qué seña dejamos por algún caso que nos hallemos en desgracia?

—Este árbol —le dijo, un árbol que tenía dos ramas—, si algún día venís a ver el árbol y esta rama de donde me voy está marchita, es que estoy en desgracia.

—Está bueno —le dice el otro.

Ya se fueron pues. El que agarró a la izquierda, ese luego llegó a otra nación, por allí estuvo trabajando. El que agarró a la derecha, ese se topó a un río; allí estaba una niña sentada en una piedra y había un negro a medio río cuidando. Llegó el niño y saludó a la princesa, porque ella era hija de un rey.

—Niña —le dice— ¿qué hace aquí?

—Ay niño —le dijo— aquí estoy. Este negro va a matar la serpiente que le está haciendo perjuicio a mi papá y si la mata, él se casa conmigo. Mátela usted, niño.

—No —le dice— porque el rey le ordenó a él, él tiene que matarla.

Se apeó de su caballito, estaba allí platicando. En eso dice:

—¿Y qué seña da la serpiente cuando viene?

—La seña cuando ella viene es que un tumbo viene elevado.

Por allí estaban platicando cuando:

—¡Niño! , allí viene.

Pero cuando vino a decir así, la serpiente se había pasado también. Y el negro se le pasó también; no le hizo nada. Entonces montó en su caballito y con la espada le voló la cabeza, y era la seña que tenía que llevarle al rey.

—Niño —le dice— agarre la cabeza porque es la que tiene que presentar.

—No —le dice él— que la agarre el negro.

Vino el negro, la agarró y luego le arregló un arrastre para llevársela porque no podía con ella.

—Ay niño —le dijo— usted cáseme conmigo

—No puedo, ahora lo que puedo hacer es que nos vamos, véngase.

La echó en ancas del caballo, ya se fueron. Al negro lo dejaron, iba con su mecapal. Ya que iban a llegar:

—Bueno —dice el niño— yo hasta aquí llego, aquí se va usted sola.

Y se fue él y pidió posada en donde una ancianita.

Llegó el negro pues, el rey bien contento y aquellas coheterías pues, a celebrar el casamiento de la niña.

Entonces dice el niño:

—Mire, buena vieja, y esa bulla que se oye, ¿qué será?

—Es el casamiento de la hija del rey.

—Vamos.

—Pero a qué voy yo niño, con mis pies, ya soy una señora grande, ¿qué puedo hacer con usted?

—Vamos —le dijo.

Pues se la echó en ancas del caballo y se fue, y el perrito adelante, adelante. Llegó allá y se entró hasta adentro donde estaba la novia y el novio y se la tiró a las piernas.

—Papá, —le dijo— este perrito es de mi esposo, el que mató la sierpe, dame una escolta para irlo a buscar.

Le dio cincuenta hombres y salió a buscarlo. Lo encontró, de allí se lo llevó para adentro.

—Papá, este es a quien yo le debo todo. Este es mi esposo.

—¿Cómo va a ser hija, cuando allí tienes a tu esposo, al lado?

—El no ha matado la sierpe, papá.

Entonces ya declararon al niño. Dijo él que sí la había matado por





hacerle el favor a ella, que el negro no había hecho nada.

—Pues si tú la mataste, tú te casarás con ella, y este negro mándenmelo a ahorcar —dijo el rey.

Pues ya casados, ya se apartaron a vivir, a su casona. Ese día temprano no se levantó él.

—Niña, aquello que se mira blanquear, ¿qué es?

—Aquello —le dice— es la laguna de Irés y No Volverés.

—Yo voy a hacer el ánimo, yo vuelvo. Arregláme qué comer, yo voy a ir.

Pues se fue; montó su caballo y agarró camino. Allá a la orilla de la laguna juntó su fueguito y se puso a almorzar. Cuando entre la laguna venía una ancianita.

—Buena vieja —le dice— ¿y qué anda haciendo?

—Aquí niño, agarrando mis cangrejitos para mi almuerzo.

—Véngase, aquí hay que comer.

—Sí, voy niño, pero si come de mi caldito.

—Sí como —le dijo él— si es mi mera comida.

Pues ya salió la viejita, se puso a almorzar y el caldito en el fuego:

—Ah pues niño, coma de mi caldito.

Comió caldo de cangrejo el niño; así que almorzó:

—Bueno niño, ya me voy.

Se tira a la laguna pues, y para adentro y para adentro. El niño montó su caballo y con el perrito se lo ganó la anciana. Y dicen pues que hasta que lo sometió hasta el fondo de la laguna, se metieron a un cerro. Ya él no llegó donde la esposa. A todo esto aquel hermano había ido a revisar el árbol; vio la rama marchita.

—¡Ay! —dijo— mi hermano está en desgracia, me voy.

Agarró camino a la derecha y se fue. Llegó a la ciudad donde estaba el hermano. Preguntando llegó a donde estaba la esposa, como eran parecidos,

los caballos y todo, no averiguó la niña:

—¿Verdad que te dije que no fueras porque te ibas a entretener?

—Sí —le dijo— pero ya vine.

Pues en la noche se acostaron, nada más puso su espada de división entre él y ella.

—Ay, hijo, qué extraño esto, nunca lo habías hecho. ¿Por qué pones tu espada allí?

—Así me corresponde.

Pues al otro día, salió él:

—Niña —le dijo— ¿y aquello que relumbra qué es?

—No te dije aquel día pues que es la laguna de Irés y No Volverés.

—Ah, sí pues. Niña, arregláme qué comer, voy a ir a pasear.

Le arregló y se fue pues. Allí llegó a la orilla de la laguna. Allá halló la seña donde había juntado fuego el hermano.

—Ah —dice— aquí almorzó mi hermano, aquí almuerzo yo.

Juntó su fuego y se puso a almorzar, cuando la viejita aparece pues.

—Buena vieja —le dice— ¿qué andas haciendo?

—Agarrando mis cangrejitos niño, para almorzar.

—Véngase, deje eso, aquí hay mucho qué comer.

Y salió la viejita:

—Si come de mi caldito sí voy.

—Sí —le dijo—.

Y se puso a comer la viejita y el caldo ya estaba.

—Ah pues niño, coma de mi caldito.

Ya vamos a comer.

Así que ya se llenó él, pues no le probó el caldo a la anciana.

—Niño ¿no vamos a tomar mi caldito?

—No —le dice— es que ya no puedo.

Pues se levantó la viejita:

—Bueno, ya me voy niño.

—Está bien.

Se metió a la laguna y él se montó

en su caballo.

—Bueno, vieja —le dice—. Usted tiene a mi hermano y usted me lo tiene que entregar por ley.

Y la agarra a riatazo allí con la espada y el caballo que la hundía en la laguna, a manotadas y la vieja era lamentosos allí.

—Ay niño, ya ya se lo voy a traer.

—Pues me lo trae porque si no me someto al cerro junto con usted.

Pues se fue la viejita toda golpeada. Al rato allí traía al hermano.

—Ay niño, aquí esta su hermanito.

—Bueno —le dijo.

Y agarra otra vez a pegarle y el caballo que la rompió toda, la cabeza a manotadas, se fue la viejita y ya salió el otro hermano.

—Cobarde —le dijo— te dejaste engañar de esa vieja.

—Sí hermano, pero yo qué sabía de eso.

—Ya fui a tu casa, allí me quedé a dormir con tu esposa, nada más mi espada de división, ella extrañó. Ahora nos vamos a ir allá otra vez donde ella.

Pues ya se fueron. Llegaron allá, pero ni uno ni otro, ella no diferenciaba nada. El rey salió a encontrarlos y les hizo homenaje allí como que eran unos príncipes.

—No, señor rey —le dijo uno— si yo soy su yerno y el otro es mi hermano.

—Caramba —dice el rey— pero si ustedes parece que fueran hijos de un rey.

—Pero no señor.

Llegaron allí pero la esposa no distinguía al esposo. Entonces le dice a una sirvienta:

—Mirá —le dice— andá y le preguntás a los niños allí que quién es el esposo de la niña.

Se fue la sirvienta y le preguntó:

—Perdone niño, ¿quién es el esposo de la niña Juliana?

—Yo soy.

Entonces le puso un listoncito con gancho para reconocerlo la niña. Entonces ya se fueron los dos a la casa. Allá le dijo el hermano a la niña que le dijera a su esposo en qué forma habían dormido que la había extrañado.

—Para que él —le dijo— no se vaya a confundir en otras cosas.

—Sí —le dijo y le contó ella— no creas Fulano que tu hermanito ha pasado a otras cosas.

—No le dijo.

—Así es que no ha pasado nada.

Y allí se fue el hermano a ver a los padres, el otro quedó casado. El otro yo creo que hasta la fecha estará con su papá, de allá me vine yo para acá.”

(Inf. 2)



### 3. El cuento de la mujer embarazada

“Había un pescador que tenía a la mujer embarazada. Entonces la mujer estando embarazada, que ya poco le faltaba, le agarraron deseos de comer pescado, y como eran muy pobres, dinero no había, lo único pero lo único que tenía era una atarrayita el hombre.

—Mirá —le dijo— andá a ver si agarrás un pescado, si no lo voy a botar (al niño). No tengo la culpa yo.

—¿Cómo hago?

—Andá a pescar.

—Está bueno —dijo él y se fue.

Y va atarraya y va atarraya y dónde que le caía un pescado y él renegando.

—Por Dios —decía— en que más necesidad tengo, no agarro nada.

Al poco andar cuando una mujer:

—¿Qué andas haciendo? — le dijo—.

—Pescando, pero no puedo agarrar.

—Mirá, con una condición te doy pescado: que lo que va a tener tu mujer es mío.

—Está bueno, lo que yo quiero es que no lo bote ella.

—Bueno, adelante va a estar una posa regular: allí tirá la atarraya: uno vas a agarrar, pero con ese tenés, ya no vas a seguir pescando.

Y él tenía una yegua, estaba cargada, y tenía una perra que estaba cargada también.

—Al mismo tiempo van a parir todos.

—Está bueno.

—La carne se la das a tu mujer y el caldo se lo das a tu perra y a la yegua. Las espinas del pescado no las vayas a botar.

—Está bueno.

—Esas (espinas), mandás a hacer dos cajas nuevas, la mitad (de las espinas) echás en una caja y la mitad en otra. Cuando tus hijos, porque va a llegar un día que tus hijos van a decir que quieren salir a andar, entonces le entregás una caja a cada quien de tus hijos. De lo que va a tener la yegua, van a salir dos caballos y dos perros iguales, entonces le das un caballo a

cada quien y un perro a cada uno y una caja a cada uno, cuando ellos digan que ya quieren salir a andar.

—Está bueno.

Pues se fue él contento con el pescado. Desde que llegó lo arregló, le dio la carne y dijo:

—Vaya, la carne es para vos y el caldo es para los otros, para los animales y esto (las espinas) no lo vamos a botar.

Pues repartió aquello y de una vez mandó a hacer la caja y echó la mitad en cada caja y de una vez le metió llave y no tenía por qué abrirla hasta cuando los hijos estuvieran grandes, que quisieran salir. Así lo hizo pues, a los pocos días parió la mujer y criaron los animales, iguales los caballos y los perros igualitos y ellos (los niños) también iguales, porque tuvo dos cuaches.

Pues ellos fueron creciendo rápido, rápido, llegaron a una edad hasta que ellos se sintieron ya suficientes para ir a andar.

—Bueno papa, nosotros nos vamos, nosotros vamos a salir a andar.

—Está bueno. Allí está un caballo, vea cuál agarra usted —les dijo, los dos eran iguales—, y un perro también, cada uno —ahí no podían escoger más mejor, sino que iguales, color, tamaño y todo.

Pues dicen a agarrar caballos y agarran una caja cada uno y les dio las llaves para que abrieran la caja, fueron a destapar, allí estaba el vestuario del príncipe. Dicen a cambiarse de ropa, había de todo allí: espada y montura, todo para los caballos. Dicen a ensillar los caballos, se vistieron, cada quien le habló a su perro —como estaba ya escrito que cada uno escogiera a su perro, y su perro seguía a su debido dueño, se montaron pues, y anda, y anda, dónde que podían encontrar la ciudad. Al fin de tanto llegaron al enganche de dos caminos:

—Bueno hermano, aquí nos vamos a dividir

Estaba un palo de amate.

—Vamos a marcar este amate, una rama cada uno, vos agarrás aquí y yo agarro aquí. Cuando regresés vos o regreso yo, si esta rama se está marchitando es seña que voy fracasando, y si yo regreso y la tuya se está marchitando es seña que vos estás fracasando, tenemos que buscarnos.

—Está bien —le dijo el hermano—.

Cada quien se dividió.

Y agarraron a andar y andar, andar y andar. Al fin de tanto uno de ellos encontró luego la ciudad y estaba el palacio donde estaba el rey y estaba una princesa en el segundo piso, cuando vio que iba aquel en su caballo. ¡Já! desde que lo vio le cayó bien a la princesa y sale ella y se tiró para abajo y para abajo a caer en el puertón donde él iba pasando, le habló:

—¡Párese! —le dijo—.

Se paró y se puso a platicar entonces. Mandó a llamar al rey, dijo que con él se casaba, que ese iba a ser su marido. De una vez lo metió el rey para adentro, se casaron y se fueron al descanso. Al otro día salieron pues del desayuno, se fueron hasta el último piso, allá los dos estuvieron mirando, allá a lo lejos vio un llano, no se le miraba fin a aquel llano, entonces le dijo:

—Mire, ¿cómo se llama aquel llano?

—A ese llano le llaman “El llano de los perdidos”.

El no le dijo nada a ella, sólo se quedó (pensando) “algo debe haber allí”:

—Mire —le dijo— me echa una refacción, yo me voy a ir a hacer un mi mandado, si puedo regreso en día, si no hasta otro día.

Pues vino ella y le arregló y lo echó a su mochila y montó su caballo y su perro atrás de él y arranca pues, quería él noticiarse sobre “El llano de los perdidos”. Se fue pues, al fin de tanto llegó, el gran llanón que se miraba y a medio llano dicen que estaba una galera y en la galera había una hamaca sola, allí nadie se miraba, sólo estaba la galera.

—Para mientras me doy cuenta de aquí, voy a descansar un mi rato —dijo él—.

Amarró su caballo y dice a la hamaca y el chucho se echó abajo, al rato vio que venía una mujer atarrayando, pero aquél no le puso cuidado, sólo divirtiéndose estaba, quería darse cuenta de lo que hacía aquella mujer. Pues cuando menos lo sintió le tiró la atarraya y lo amarró adentro pues, con todo, caballo y perro, se lo llevó. Se lo metió para la cueva, lo metió hasta adentro de la



cueva la señora. Allí se quedó, como era la doña que había dado el pescado para él, esa era la que lo andaba persiguiendo.

Entonces el otro hermano, anduvo y anduvo, y nunca pudo encontrar nada, no pudo encontrar otra ciudad, se aburrió de andar.

Entonces dijo él:

—Regreso para ver si mi hermano ya fracasó.

Y le hace por el mismo camino hasta que llegó al punto donde se habían dividido.

La rama del otro hermano ya se estaba marchitando.

—¡Je! mi hermano ya fracasó, si no lo encuentro ¡nada! , se fue.

Cuando va entrando a la ciudad y la princesa estaba esperando a su marido que no llegaba, pero como eran iguales, igual el caballo y todo:

—Allí viene mi marido —dijo ella—.

Contenta, desde que llegó en carrera, salió al puertón.

—Ya venía —le dijo—.

—Ya vengo—.

Eran vivos (los hermanos) un poquito la agarraba ya (la situación):

—Algo hay aquí —se dijo—.

Pasó el caballo, se tiró del caballo.

—Vas a desensillar la bestia.

Tiró su caballo y vino a desensillarlo.

Lo abrazó pues, contenta, almorzaron, estuvieron platicando.

—Pensé que ya no ibas a venir —le dijo—.

—Cómo no, tenía que venir.

A todo esto, se llegó la hora de la tarde. De allí volvieron a cenar, y en eso llegó la hora del descanso, entraron pues, se acostaron. Pero él, como respetaba al hermano, a la hora que se acostaron, sacó la espada y la metió en medio de los dos, del camastrón.

—¿Y por qué hacés eso?

—No —le dijo— esperáme esta noche nada más.

Bueno, se convenció.

—A saber qué será —dijo la

princesa—.

Siguieron durmiendo, al otro día, desayunaron otra vez, dicen para arriba otra vez, hasta el último piso, a mirar otra vez allá.

Quizá le vuelve a preguntar:

—Mire —le dijo— ¿cómo se llama aquel llano?

—¿No se llama “El llano de los perdidos”, pues?

—Ah —le dijo— no me acuerdo, no me acuerdo.

Es que era el otro hermano, como eran parecidos

—¿No que le dije que se llamaba “El llano de los perdidos”?

—¡Correcto! —le dijo— pero mire que yo estaba malo del conocimiento y no me acordaba, pero ahora ya no se me olvida. Mire, me arregla una mi refacción, yo voy a ir a otra mi andancia.

—Acaba de venir y ya se quiere ir otra vez.

—Pero no tenga pena, me interesa conocer y dame cuenta de todo lo que hay aquí.

Volvió a montar su caballo, llevó su perro y se fue hasta que llegó al llano otra vez y vio la hamaca.

—Algo hay aquí —dijo él— no soy tonto.

Ya no quiso él acostarse en la hamaca, sino que se quedó en el llano.



—Listo mi caballo y listo mi perro.

El caballo más relinchaba y el perro se acurrucó a la par de él. Al momentito venía aquella mujer con la atarraya en aquel llano, y atarraya y atarraya, y atarraya y atarraya. Listo el caballo, listo el perro; el caballo más manoteaba y el perro sólo las orejas meneaba, esperando, ¡já! cuando venía a una distancia de unas diez brazadas, que ya calculó que ya le tiraba la atarraya, cuando dijo:

—¡Encima perro!

Y dice el perro pues, ella que iba a tirar la atarraya y el perro que le caza la mano y dice el caballo pues, la agarró a manotadas y, en lo que ellos

estaban dándole, le cazó el pelo.

—Aquí no te vas —le dijo. Vos debés saber dónde está mi hermano, si no no te suelto.

—Soltáme —le dijo—.

—No te suelto, dónde está mi hermano.

—Tu hermano lo tengo allá en la cueva.

—Pero si me lo das, te suelto.

—Soltáme pues.

—No te suelto, andá enseñáme.

Pues así se le llevaron: el perro la llevaba cazada de una parte y el caballo también y él, cazado el pelo, se los fue llevando, llevando, llevando hasta que los llevó a la cueva. Cuando llegó a la cueva, vino él, sembró su espada a mediación de la cueva para que en caso se hubiera querido cerrar la cueva la espada no da lugar, como tenía arte. Entró para adentro, cierto, allá estaba el hermano, que ya estaba bien dado, poquito le hacía falta para que fracasara, el caballo también, el perro también.

—Me entregás a mi hermano, porque te voy a soltar.

—Va, lléveselo pues.

Cazó al hermano de un brazo, lo fue sacando y el caballo lo echó de lado y el perro cazó al otro perro y lo sacó. El caballo relinchaba afuera, en la puerta, llamando al otro, hasta que salieron afuera. Ya donde salieron afuera, al llano, ya el otro como que ya volvió más, agarró fuerza y fueron llegando hasta que llegaron a la par de la galera que había donde lo habían dejado el primer hermano.

—Ah, descansemos un rato —le dijo el hermano que lo había sacado de la cueva— yo ando cansado.

—Descansemos pues.

Se acostó en el llano el hermano que lo había sacado, el primero le dijo entonces:

—Mirá, ¿cómo hiciste vos para dar conmigo?

—Mirá —le dijo— para eso hicimos el convenio, que teníamos que ir a ver aquella rama: si la tuya iba marchita es que ibas fracasando, si la mía, entonces yo iba fracasando también. Llegué allá y la tuya estaba ya menos que la mía, por eso te vine a buscar.

—¿Y para averiguar dónde estaba aquí?

—Yo que iba pasando frente al palacio, cuando sale la princesa, me salía a encontrar, me salió al portón y me dijo que entrara, allí almorcé, cenamos, de ahí fuimos a dormir, pero en la dormida yo sembré una espada en el camastrón para que no hubiera ninguna cosa.

Entonces, se descansó el que había sacado al hermano, se acostó y se

durmíó. Al mismo tiempo ese que había salvado, se le vino un mal pensamiento:

—Este mi hermano —dijo— me ha de haber traicionado con mi esposa, lo mato.

Estaba dormido, entonces sacó la espada y ¡ras! le cortó la nuca, entonces en el momento lo mató, pero al mismo tiempo se arrepintió.

—Ingrato yo —dijo— después de haberme salvado la vida, no, pero tenemos poder.

Estuvo topando la nuca con el resto del cuerpo, pues se le pegó y agarró con estarle sobando la nuca hasta que se le cerró.

Al ratito cuando despertó él:

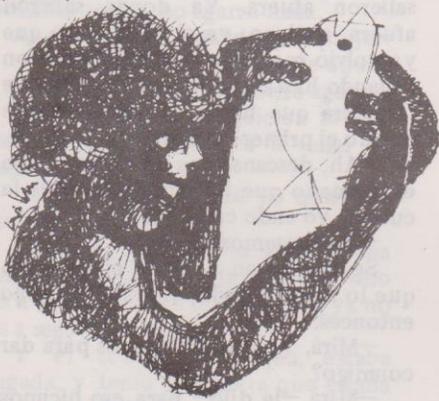
—Hermano, me duele la nuca

—Mal dormido quedaste.

No había visto lo que le había hecho él.

—Mejor vonós —le dijo—.

Se montaron cada quien en su caballo y arrancan pues, pasaron frente al palacio, pasaron los dos que eran chispas las bestias, ya no están pasando allí por donde la princesa, ellos iban derecho para sus casas, sólo desensillando estaban las bestias cuando viene un remolino, en el remolino no vieron ni qué hicieron ni uno ni otro, solamente yo me salvé.” (Inf. 3)



#### 4. El pez blanco

“Había en una aldea un pescador llamado Danilo, y una tarde dispuso ir a la pesca con otro su amigo y ya estando en el río comenzó a pescar y, luego de haber comenzado, se pescó en el primer atarrayazo, se pescó un pez blanco. Cuando al momento de haberlo pescado, le dijo el pez que lo dejara ir porque él lo iba a hacer feliz dándole el pescado que necesitara. El hombre se sorprendió y se quedó quieto, y entonces pues le dijo que estaba bien y lo fue sacando poco a poco de la malla y lo agarra así, con las dos manos y siguió hablando con él.

El pez le dijo que él le iba a dar el pescado que necesitara, pero con el

convenio que en tal fecha señalada que él le puso, tenía que llegar por él. Entonces quedaron de acuerdo y siguió pescando y pescando y toda la gente se admiraba de ver que él siempre agarraba mucho pescado. Total pues, que él, como tenía su familia, le dijo a su señora que vendiera el pescado que él llevaba y la gente admirada de ver que él agarraba mucho pescado; ya toda la gente iba a comprarle, y a comprarle.

Pero él, ya cuando al poco tiempo de pescar, ya iba llegando la fecha señalada, tenía que salvar el compromiso que había hecho, pues entonces ya se fue poniendo triste, ya no quería ir a pescar, entonces le dijo la señora:

—¿Y qué te pasa que ya no vas a pescar?

—Ah, quisiera decírtelo, pero mejor no.

Al fin le dijo:

—Yo tengo un compromiso y tengo que cumplirlo.

Entonces la señora se puso triste también, pero al mismo tiempo le dijo:

—Mirá, ya no vayas a ese río, te vas a otro lado.

Entonces se fue a un puente, a pescar a un puente, cuando luego que llegó al agua, sintió que en la canilla le habían lazado con una cadena y se quedó quieto y el hombre que andaba con él le dijo:

—¿Qué te pasa?

—Mirá —le dijo—.

Levantó la canilla y le enseñó que estaba lazado con una cadena de oro.

—Andáte —le dijo— y le avisás a mi familia que yo no voy a regresar y que si quieren irme a ver que vayan a la piedra azul, al río grande.

—Allí me verán el día jueves, o sea, el día viernes.

Entonces el pescador dijo:

—Veníte, si yo te voy a sacar.

—No puedo —le dijo— mejor te vas.

Entonces se fue el pobre hombre, el compañero, a avisar a su familia que el pobre muchacho, el pescador, lo habían lazado, y entonces se fue a avisar y total, dijo lo que el muchacho había dicho, se lo dijo a la señora, y entonces el día jueves fueron a verlo. Entonces dicen que salió del agua y se subió a una piedra azul, que le nombran, que esa está allí en el Río Grande, se subió y conforme él se subía a la piedra, salía la cadena de oro hasta que la viera la gente y toda la gente fue a ver y se dieron cuenta que el pobre hombre lo habían atrapado.

Desde entonces dicen que siguió la historia de irlo a ver casi todos los jueves y los viernes.” (Inf.4)



#### 5. Antonio de la mar azul

“Dice que había un hombre muy pobre, entonces él buscando el abrigo de pasar la vida, se dedicó a la pesca. Entonces este, al poco tiempo de ser pescador... este llegó a un punto de que agarró un pez muy grande, pero el pez —posiblemente... este, daba un tornasol ¿vá? qu’era de oro, era de oro. Entonces aquel pez cuando el hombre lo agarró, el pez le habló y le dijo ¿vá?, le suplicó que lo soltara pero él se puso a pensar que este pez podía ser vendido por un precio muy alto, y él dijo:

—Si lo suelto perderé lo que tengo ganado.

Entonces el pez le volvió a suplicar que lo soltara y que lo iba a hacer feliz, pero con una condición: de que su esposa, que se encontraba en estado interesante, y le dijo que lo que tuviera su esposa se lo tendría que entregar a la edad de seis años. Pues el hombre hizo el compromiso y cedió y lo soltó y se fue.

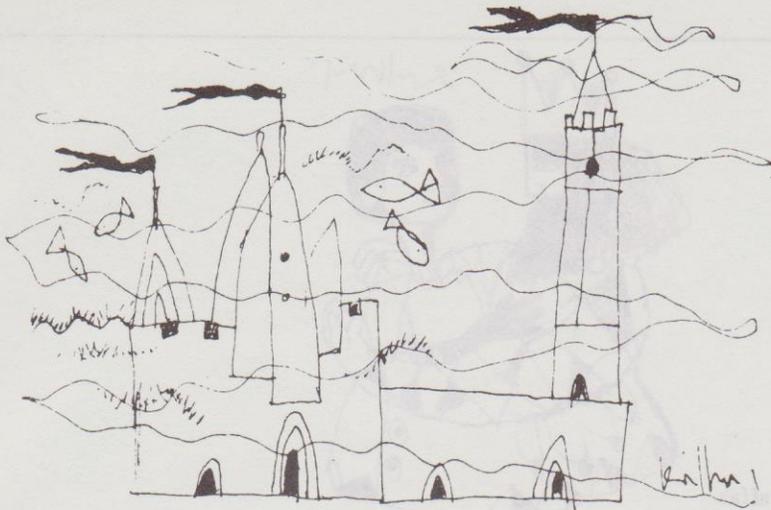
A él le vino la riqueza y vivió feliz, pero pasaron los años ¿vá? y cuando el niño, entre el niño más crecía, (el hombre) más triste. El niño... ya que él se ponía triste ¿véa?, entonces la esposa le preguntaba que por qué estaba triste. Entonces él le explicó ¿vá? que la riqueza que tenía, era porque él había comprometido al niño.

“Tonces, la esposa le dijo ¿véa? que por que ‘bía hecho eso, de que había comprometido al niño, y le dijo entonces:

—Te va tocar que irte a vos, que yo al niño no lo doy.

El siempre entristecido, siguió pues, el niño le dijo:

—Pues papá, yo me voy, yo voy a cumplir el tiempo de que me toca. Y sólo le dijo que le comprara una guitarra y una hamaca. Y cumpliéndose el tiempo de que lo iba a ir a entregar al pez y allí lo (?). Pues aquel niño agarró una embarcación y se lo llevaron. Pero él fue a dar a un



palacio en el mar y le fue entregado todito el palacio, como propio dueño. Pues allí era el dueño de todo lo que había, y le fue entregado todas las llaves. Pues el niño, al poco tiempo de estar allí... tuvo que, digamos, hacer uso de las llaves y abrió un cuarto y encontró una pila y él se metió, entonces aquel niño salió bañado de oro, posiblemente la pila estaba llena de oro. Bueno, salió y después hizo uso de las llaves y abrió otro cuarto y él se metió y salió bañado de plata, pues él permaneció allí, en ese puesto, y después abrió otro cuarto y encontró un caballo encerrado, pues el caballo al abrir la puerta le dijo:

—Niño, tú me has sacado, yo creo que tú me sacarás de aquí.

Entonces el niño le dijo:

—Pues no podré porque yo creo que es un poco prohibido yo sacarte de acá.

Pero el caballo le suplicó que lo sacara a tierra, que él ya estaba cansado de estar allí, en ese lugar. Pues el niño a súplicas del caballo lo sacó a tierra. Pues este caballo muy agradecido le dijo:

—Niño, pues ya has hecho un gran favor conmigo, me has sacado a tierra, yo te daré mi virtud y te ayudaré toditos los días de tu vida.

Pues entonces le dijo (el caballo):

—Déjame acá y andáte donde ese rey y dile que te dé trabajo.

El niño lo dejó allí y se fue donde el rey y le pidió trabajo. Entonces el rey le dijo que no había trabajo.

Entonces el niño muy triste regresó y le contó al caballo:

—Dice el señor rey que no hay trabajo para mí.

Entonces el caballo le dijo:

—Andá otra vez y dile que trabajos sí hay, tú dile que le haces un jardín mejor que el que él tiene.

Y el niño volvió otra vez y le hizo como el caballo le había mandado. Le dijo:

—Señor rey, yo creo que sí hay trabajo.

Entonces el señor rey le dijo:

—No hay, necio.

—Señor rey, yo creo que sí hay trabajo porque yo le hago un jardín mejor que el que usted tiene.

Entonces el señor rey le dijo:

—Bueno, 'stá bien. Si no lo haces a la noche, al amanecer, entonces tendrás que morir.

Entonces el niño le dijo:

—'Stá bien, yo le voy a hacer un jardín que el aroma de las flores lo van a despertar.

Entonces el señor rey pensó que eran mentiras y lo puso a que hiciera el jardín. Entonces el niño agarró el jardín del rey y claramente le cortó todito el jardín y dejó la tierra bien limpia y comenzó a hacer el jardín. No era como a las dos de la mañana cuando el señor rey despertó y dijo:

—¡Caramba! qué olor que se viene. Este es el jardín que el niño me prometió.

Pues en la mañana el rey muy contento se dio cuenta de que era cierto, que el niño le había hecho un jardín mejor que el que él tenía, que el aroma de las flores lo había despertado. Entonces el niño se fue pa' 'onde estaba el caballo y le contó:

—Ya está hecho el jardín.

'Tonce el caballo le dijo:

—Ahora, anda —le dijo, y hay dos flores —le dijo, está una moradita y una rosadita, una, la cortas y, la otra, la agachas —le dijo.

'Tonce el niño se fue y hizo como le había mandado el caballo y volvió a regresar y le dijo:

—Ya 'stá hecho lo que me dijiste, ya corté una, y la otra, la agaché.

—'Tonce el caballo le volvió a mandar.

'Tonce, ahora vas y le ofreces esta carga a las hijas del rey.

El niño se fue y le ofreció la florecita a la primera, pero la princesa

lo despreció mucho ¿veá? y no le hizo caso y pasó la segunda, se la volvió a ofrecer; no le hizo caso, ella se fue... 'tonce el niño se puso triste. Pero cuando venía la última, él le ofreció la flor y le dijo la última princesa:

—A ver —le dijo.

Entonces el niño, se fue pa' 'onde 'staba el caballo y le contó que le había recibido la flor la última princesa, es decir, es posible, podía haber sido la cume ¿veá? Entonces el caballo le dijo:

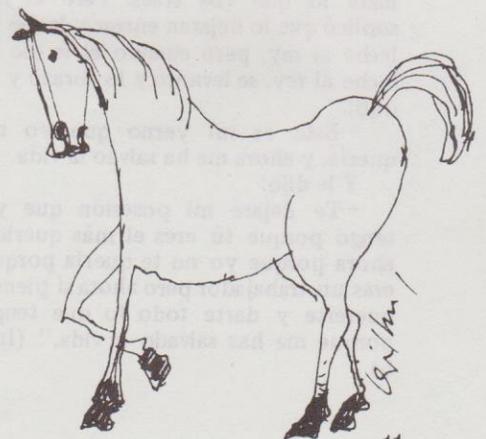
—Trabaja allí...

Al poco trabajar allí el niño, se vinieron las selecciones que iban a elegir su novio las princesas. Llegaron altos hombres, bachilleres, doctores, y el niño allí. Pues la primera (princesa) dijo que ella quería un doctor. Y la segunda dijo que ella quería, posiblemente, un bachiller. La última no quiso elegir. Pero, posiblemente la última, ya se había dado cuenta de que el cuerpo del niño estaba vestido de oro y de plata, tenía la mitad de plata. Pero cuando se casaron estas princesas mayores, la cume escogió al niño y lo jaló y dijo:

— ¡Este es mi novio mío!

Entonces, las hermanas y el padre, se enojó mucho porque sus hermanas tenían unos hombres, digamos, habían elegido su esposo, un bachiller, un doctor y ella había elegido un trabajador y le hacían burla. Pero a ella no le importaba eso ¿veá?, ella sabía que el niño estaba vestido de oro y de plata. Aunque el niño por el decir ¿vá? la ropa era inútil, pero él, su cuerpo era vestido de oro. Entonces el rey sí los casó pero les dio una casa muy inútil para que vivieran, pero la niña allí estaba conforme con él, aunque sea en un rincón.

Se llegó un tiempo de que el rey se enfermó, llegaron los dos yernos del rey, llegaron los doctores a ver si lo curaban y no podían. Pero llegó un doctor que le dijo que consiguieran la



leche de tigre, de tigre negra, entonces estos yernos corrieron mucho a ver si la encontraban pero no la encontraban. Entonces el niño era dueño del palacio de la mar azul, recordó que allí estaban unas tigras. Entonces él (el niño) le dijo al rey que él si la conseguía (la leche).

Pero el rey dudó mucho y le dijo:

—Con que no la consiguen mis otros yernos, y la vas a conseguir vos.

Pero él le dijo:

—Yo se la consigo.

Y hicieron un viaje entre los tres, aquellos entre los tres (yernos).

Aquellos hombres tomaron unas bestias muy buenas y el niño agarró su caballo, que había tenido. Aquel caballo del niño, en la tierra era un caballo cualquier, y le decían los otros:

—¿Cuándo llegas con ese caballo? Mira los de nosotros —le decían.

Pero al entrar al agua aquel caballo era un relámpago y llegó primero que ellos y llegó a su palacio. Estando él en su palacio, llegaron también los otros dos yernos del rey y lo saludaron ¿veá? y le dijeron:

—Nosotros hemos sabido que aquí podemos encontrar la leche de tigre y por eso hemos venido.

Entonces él les dijo:

—Sí, aquí hay.

Y se las vendió; pero él no les vendió la leche legítima, sino les vendió de otra y los yernos se fueron contentos ya con la leche, para curar al rey. Se fueron adelante de él. Entonces él después de que ellos se fueron, sí sacó la leche buena y se fue detrás de ellos y los alcanzó.

Y cuando llegaron estos hombres y dejaron entrar a los dos yernos, pero no le estuvo en provecho. Entonces llegó el niño al palacio y no lo querían dejar entrar porque le dijeron:

—Con que la leche que trajeron los otros dos yernos del rey no le estuvo en provecho, ahora vos que saber a dónde irías a traer esta leche, eso no es nada lo que vos traes. Pero él les suplicó que lo dejaran entrar y le dio la leche al rey, pero cuando él le dio la leche al rey, se levantó y lo abrazó y le dijo:

—Este es mi yerno que yo no quería, y ahora me ha salvado la vida.

Y le dijo:

—Te dejaré mi posesión que yo tengo porque tú eres el más querido ahora porque yo no te quería porque eras un trabajador pero ahora sí pienso quererte y darte todo lo que tengo porque me has salvado la vida.” (Inf. 5)



## Biografías

### 1. Eduviges Ascón Cardona

Don Eduviges nació en la aldea Sampaquisoy, Mataquesuintla, Jalapa; no tuvo la oportunidad de ir a la escuela, sin embargo aprendió a leer y a escribir por propia iniciativa. Se dedica a la agricultura, cultiva maíz, ajonjolí, yuca y frutas; además cría ganado para la producción de leche. Vende el ajonjolí y, ocasionalmente, el maíz. Actualmente reside en el cacerío Llanitos, aldea Las Guacas, municipio de Masagua, Escuintla. En Sampaquisoy, su aldea natal, vivió hasta el año de 1950; luego se trasladó al cacerío Llanitos, en donde vive hasta la actualidad.

El señor Acón tiene 21 manzanas de terreno propio. Como datos adicionales se puede mencionar que fue alcalde auxiliar en tiempos de Ubico, en el año de 1942; en las Guacas también lo fue, de 1950 al 52. Prestó su servicio militar en 1927.

Al momento de la entrevista, agosto de 1978, Eduviges Ascón contaba con 74 años.

### 2. Felipe Marroquín Aldana

Don Felipe tiene 60 años; nació en la aldea Santa Rita, en el municipio del Progreso (El Progreso). Asistió dos años a la escuela. Perdió la vista a los 27 años, antes de este suceso trabajó en la agricultura, ya sin vista se trasladó a Gualán y a Mazatenango, para luego retornar a la aldea Santa Rita.

Vive solo, en una casa cuya construcción le fue obsequiada por el gobernador, poco después del terremoto, en un terreno que le proporcionó su hermana.

### 3. Francisco Pérez Alonzo

Francisco Pérez es campesino, de 42 años, nacido en Quezaltepeque, Chiquimula. No cuenta con ninguna instrucción escolar. Conoce muchos cuentos que dice haber aprendido hace mucho tiempo, durante su infancia y adolescencia.

### 4. Jerónima Gutiérrez Estrada

Jerónima Gutiérrez nació en el municipio de Sanarate, El Progreso, hace más de 56 años. Asistió cuatro años a la escuela, de manera que sabe leer y escribir. Es casada y con hijos, trabaja en los oficios domésticos. Actualmente vive en la aldea Monte Grande, El Progreso; con anterioridad residió en la aldea Agua Salóbrega, en la jurisdicción del mismo municipio.

### 5. Aníbal Palma Martínez

Aníbal cuenta con más de 19 años; es agricultor nacido en Suchitán, aldea del municipio de Santa Catarina Mita, Jutiapa. Trabaja tierra ajena para ayudar a su madre, con la cual vive. Asistió dos años a la escuela pero no sabe leer; los cuentos que conoce los aprendió de boca de su tío Santos Palma y otros los ha escuchado en los velorios.



## La Tradición Popular

Centro de Estudios Folklóricos

No. 56/1986

Director:

Celso A. Lara Figueroa

Investigadoras adjuntas:

Ofelia Déleon Meléndez

Elba Marina Villatoro

Investigador musicólogo:

Enrique Anleu Díaz

Diseño e ilustraciones:

Erwin Guillermo

Corrector de originales:

Francisco Albizúrez Palma

Auxiliares de investigación:

Claudia Dary Fuentes

Alfonso Arrivillaga Cortés

Carlos René García Escobar

Area de fotografía:

Jorge Estuardo Molina

Av. La Reforma 0-09, zona 10

Guatemala, Centroamérica